

## Un mal sin remedio conocido

**A pesar de haber dejado atrás la pesadilla de la censura, debemos constatar, no sin rubor, que la autocensura sobrevivió**

1



Ortiz, Bueno, Largo Cabrerizo y Ezama, el lunes en la presentación. (J. C. Castillo)



Rafa Vega

Valladolid

22/04/2026 a las 07:17h.

Aunque [su estreno en el Paraninfo de la Universidad](#) se celebró el lunes, ya he visto un par de veces más ['Los archivos del silencio'](#), el enjundioso documental realizado por los compañeros y amigos Liliana Martínez Colodrón y Rodrigo Ucero, al amparo del libro exhaustivo elaborado por Antonio Bueno con los detalles de su investigación en ese inacabable cementerio de secretos que es el Archivo General de la Administración y con el que ha recuperado para la mirada pública aquellas noticias, crónicas, columnas, editoriales, artículos y cartas al director de este bendito diario que provocaron cuantos expedientes, secuestros y sanciones sufrió El Norte de Castilla durante el franquismo.

[El documental](#) es tan rico en testimonios y análisis que sabe a poco. Entre las confidencias directas de quienes vivieron aquellos años y sufrieron aquellas extorsiones me destaca la intervención atemperada de Alejandro Royo-Villanova, que hubo de lidiar entre moquetas con los enemigos tanto de la línea editorial del diario, cuyo Consejo presidía, como de aquel proyecto aperturista que contribuyó a alimentar con sus escritos en el grupo 'Tácito'.

En cuanto termina de recordar en pantalla alguna de sus demoledoras conversaciones de antaño –y que aún hoy producen cierto escalofrío–, se queda uno con ganas de pedirle que continúe. Que no lo deje ahí. Y aunque esta sea la razón principal que me ha llevado a revisar el documental un par de veces desde su estreno –y a buen seguro lo haré alguna más–, también he de reconocer que a este asunto le abro la puerta siempre que me llama. Para mí se trata de una querencia instintiva que no precisa reflexión. Puede que guarde relación con mi condición de ratón de Hemeroteca. Una cualidad que no desaparece, aunque ya no sea necesaria la manipulación física de los tomos gigantescos que exigen extrema delicadeza en el paso despacioso de sus hojas. Un trato inútil, de todos modos, para evitar que el aire y los pulmones se acaben llenando de un polvo remoto compuesto por partículas de tinta, hoy ocre por el paso del tiempo, y de papel descamado con olor a madera.

Quienes hemos rastreado en busca de la perla escondida durante años en los pliegos del periódico sabemos que esas páginas inmensas, anegadas de tipos diminutos, acaban afectando la percepción de la realidad. Uno entra de mañana a leer minuciosamente durante varias horas los periódicos impresos en noviembre en 1958 y sale a la calle tras la puesta del sol buscando sin pensar un Dauphine, gris pompadour, aparcado cerca para volver a casa; inquieto incluso por el ultimátum a Occidente que ha lanzado Nikita Jruschov y acaso cariacontecido por el nacimiento de una agencia espacial que se llamará NASA.

El documental me ha arrastrado una vez más a aquellos momentos grises que sufría la nación en su conjunto, aunque ahora se recuerde con detalle el día a día de una Redacción vigilada en corto por la Autoridad y de unos directores –Delibes y Altés, sobre todo– marcados y presionados; intermediarios entre la espada de la Dictadura y la pared de un deber periodístico no siempre reconocido.

Y lo malo no es que recordemos aquellos momentos de gran amargura –como apunta Germán Delibes que llegó a calificarlos su padre–, sino que pasadas cinco décadas del último secuestro, Ángel Ortiz aún deba matizar que hoy las presiones también se producen con otros medios y otras sutilezas. Lo malo es que, a pesar de haber dejado atrás la pesadilla de la censura, debamos constatar que la autocensura sobrevivió gracias a esos matices esquivos; que aunque vivamos complacidos bajo el amparo y la protección de los derechos y las libertades, hayamos sido incapaces de erradicarla.